

Los hechos son contrarios a mis previsiones; pero esto no me hace estar menos tranquilo por mi hermana, tratándose de un hombre como usted.

—¿Está usted igualmente tranquilo por mí, Bernardo?—le dije en tono de reproche.

—Sí—contestó un poco emocionado. —Estoy tranquilo porque usted tendrá la fuerza moral necesaria para decirse esto: Una joven de corazón y de mérito tiene el derecho de pretender a ser buscada por un hombre cuyo corazón esté libre, y no la lisonjearía mucho descubrir algún día que sólo ha debido su suerte al azar de una semejanza de facciones.

Tan bien comprendí esta respuesta, que no añadí ya nada y resolví no mirar mucho a la señorita de Aillane, por temor de engañarme a mí mismo. Llegué hasta a tomar la resolución de marcharme, a poco que llegase a conmoverme más de lo justo por este fatal

parecido, y esto fué lo que me sucedió a partir del día siguiente. Sentí que me prendaba locamente de la señorita de Aillane, que el ensueño de la ne-reida se borraba ante ella, y que Bernardo lo notaba con inquietud.

Me despedí fingiendo que mi padre no me había dado más de veinticuatro horas de libertad. Estaba decidido a abrir mi corazón a mis padres y a pedirles su consentimiento para ofrecer mi alma y mi vida a la señorita de Aillane. Así lo hice con la mayor sinceridad. El relato de mis sufrimientos pasados hizo reír a mi padre y llorar a mi madre. No obstante, cuando hube pintado bastante bien el estado de desesperación en que había caído por momentos, y que me había hecho mirar con una especie de voluptuosidad la idea del suicidio, mi padre volvió a ponerse serio y exclamó, mirando a mi madre:

—¡Así pues, he aquí un muchacho

que ha sido maniático ante nuestros ojos, sin que lo hayamos sospechado! ¡Y tú creías, mi buena amiga, que nos ocultaba su fuego por la hermosa de Ionis, que tan viva está, cuando en realidad se consumía por la hermosa de Ionis que está muerta hasta el punto de no haber existido jamás! La verdad, pasan cosas bien raras en la cabeza de los poetas, y no me faltaba razón en los comienzos, para desconfiar de esa diablesa de poesía. Vamos, ¡gracias sean dadas a la hermosa de Aillane, que se parece a la nereida y que nos ha curado a nuestro insensato! Hay que casarse con ella a toda costa, y pedirla pronto, antes de que se sepa si tendrá un dote; pues si debe llegar a tenerlo, se creará demasiado elevada para casarse con un abogado. ¿Por qué demonios no me ha confiado la señora de Ionis el cuidado de su liquidación? Así sabríamos a qué atenernos, mientras que ese viejo procurador de París no

acabará en seis meses. ¿Se trabaja, acaso, en París? ¡Se hace política y se descuidan los negocios!

Al día siguiente, mi padre y yo volvimos a Ionis. Se sometió nuestra demanda al señor de Aillane, que empezó por abrazarme; después de lo cual tendió la mano a mi padre y le dijo con rectitud perfectamente caballeresca:

—*¡Sí, y gracias!*

Echéme de nuevo en sus brazos y añadió:

—Esperad, sin embargo, a que consienta en ello mi hija, pues quiero que sea dichosa. En cuanto a mí, se la doy sin saber aún si será bastante rica para usted; porque si lo es, estoy decidido a encontrarle bastante noble para ella. Se juega usted el todo por el todo. Pues bien, ¡vive Dios! voy a hacer otro tanto para no quedar por debajo del ejemplo que me dan. Ustedes no tienen ambición de dinero, yo no tengo ya prejuicios de nobleza. Henos, pues,

de acuerdo. Tengo su palabra y ustedes la mía. Pero tengo empeño en que mi hija decida por sí misma: y va usted, querido señor Nivieres, a dejar a su hijo que le haga la corte, pues su amor es bien nuevo, y a él corresponde inspirar la confianza en este punto. En cuanto a su carácter y a su talento, los conocemos ya, y por este lado no habrá objeción.

Permitióseme, pues, ser asiduo a la residencia de Ionis, y en relación al pasado, ésta fué la época más hermosa de mi existencia.

Amaba, en las condiciones normales de la vida, a un ser colocado por encima de la región ordinaria de la vida; un ángel de bondad, de dulzura, de inteligencia y belleza ideales.

Me hizo aguardar, la esperanza. Expresábase libremente sobre su estimación y simpatía hacia mí; pero cuando yo hablaba de amor, ella mostraba algunas dudas.

—¿No se equivoca usted—decía,— y no ha amado usted antes que a mí, y más que a mí, a cierta desconocida que mi hermano no ha querido nombrarme nunca?

Un día me dijo:

—¿No lleva en el dedo un anillo que es para usted un talismán? ¿y si le pidiese que lo echase a la fuente, me obedecería usted?

—¡No, ciertamente! — exclamé, — nunca me separaré de él, porque usted fué quien me lo dió.

—¡Yo! ¿qué está usted diciendo?

—¡Sí, fué usted! no siga ocultándomelo. Fué usted quien representó el papel de dama verde para complacer a la señora de Ionis, que quería hacerle decretar su ruina y encontrar en mí la persona digna de fe cuyo testimonio exigía su marido. Fué usted quien, cediendo a su capricho hasta el punto de aparecerseme bajo un aspecto fantástico, me trazó mi deber conforme a la delicadeza y a la altivez de su alma.

—¡Pues bien, sí, fuí yo!—dijo;— fuí yo quien estuvo a punto de volverle loco y quien se ha arrepentido cruelmente de ello, cuando he sabido, demasiado tarde, cómo había usted sufrido a consecuencia de esta aventura romántica. Se le había sometido a una prueba previa por medio de una escena de fantasmagoría en la que yo no tuve la menor parte. Cuando le vieron tan valiente, más valiente que el padre Lamyre, a quien Carolina había obsequiado, para divertirse, con una broma semejante, se creyó que podía regalársele con una aparición que no tenía nada de imponente. Yo me encontraba aquí, en secreto, pues la viuda de Ionis no me hubiera soportado de buen grado. Carolina, admirada de mi semejanza con la ninfa de la fuente, imaginó peinarme y vestirme como ésta, para hacerme pronunciar mi oráculo, que no fué conforme a sus deseos, pero al que ha obedecido usted religiosamente, sin

olvidar por un solo instante la defensa de nuestro honor. Partí al día siguiente por la mañana, y me dejaron ignorar que había estado usted gravemente enfermo a consecuencia de aquella aparición. Cuando tuvo usted su querrela con Bernardo, yo estaba en Angers; y yo fuí quien le devolvió el mismo anillo que le había ya hecho encontrar en su habitación. Esta circunstancia había sido inventada por la señora de Ionis, que poseía dos anillos semejantes, muy antiguos, y que lo había dispuesto todo para la realización de nuestra novela. Ella fué quien se lo quitó durante su fiebre, por el temor de que esta apariencia de realidad le exaltase a usted demasiado, y prefirió dejarle creer que lo había soñado todo.

—¡Y yo no lo he creído! ¡nunca! Pero, ¿cómo había vuelto usted a tomar posesión de este anillo, no siendo suyo?

—Me lo dió Carolina—dijo sonro-

jándose,—¡ porque lo había encontrado bonito!

Y luego, se apresuró a añadir:

—Cuando Bernardo le hubo confesado, supe por fin por qué penas y qué virtudes había merecido usted volver a ver a la dama verde. Entonces me resolví a ser su amiga y su hermana, para reparar por el afecto de toda mi vida la imprudencia a que me había dejado arrastrar, e indemnizarle de este modo de las penas que le había causado. No confiaba mucho en serle tan agradable a la luz del día como en un rayo de luna. Pues bien, puesto que es así, sepa que no ha sido usted el único desgraciado y que...

—¡ Concluya!—exclamé, cayendo a sus pies.

— Bien, bien... — dijo sonrojándose más aún, y bajando la voz,—aunque nos encontrásemos solos junto a la fuente, sepa que había quedado castigada por mi temeridad. Era yo, en

aquel día, una niña muy tranquila y muy alegre. Supe desempeñar muy bien mi papel, y mis *dos hermanas*, Bernardo y el padre Lamyre, que nos escuchaban detrás de aquellos peñascos, juzgaron que había puesto en él una gravedad de la que no me creían capaz. La verdad es que al verle y al escucharle, quedé yo misma poseída de no sé qué vértigo. Empecé por figurarme que era realmente una muerta. Destinada al claustro, le hablaba como separada ya del mundo de los vivos. La convicción de mi papel se apoderó de mí. Sentí que me interesaba por usted. Me invocaba usted con una pasión... que me turbó hasta el fondo de mi alma. Si usted veía mi rostro, también yo veía el suyo... y cuando volví a mi convento, me asustaron los votos que debía pronunciar, sentí que, jugando a apoderarme de su libertad, había entregado y perdido la mía.

Al hablarme así, se había animado.

El tímido pudor de la primera confesión había hecho lugar a la confianza entusiasta. Rodeó mi cabeza con sus hermosos brazos largos y ligeros, y me besó en la frente diciéndome:

—¡Bien te lo había prometido, que volverías a verme! Estaba desolada al darte aquella promesa que yo creía engañadora, y, sin embargo, algo divino, una voz de la Providencia me decía al oído: «¡Espera, puesto que amas!»

Nuestro enlace se efectuó al mes siguiente. La liquidación de los bienes de la señora de Ionis, convertida en señora de Aillane, no estaba terminada cuando estalló la Revolución, que puso fin a todo debate por parte de los acreedores de su marido, hasta nueva orden. Después del Terror, se encontró en una situación desahogada, pero no opulenta: tuve, pues, la alegría y el orgullo de ser el único apoyo de mi mujer. La hermosa residencia de Ionis estaba vendida, las tierras divididas. Algunos

campesinos, extraviados por un patriotismo poco ilustrado, habían roto la fuente, creyendo que era el baño de una reina.

Un día, me trajeron la cabeza y un brazo de la nereida, que compré a quien la había mutilado, y conservo como cosa preciosa. Lo que nadie había podido romper, era la felicidad de mi hogar; lo que había atravesado, lo que siempre atravesó, inalterable y puro, las tempestades políticas, fué mi amor por la más hermosa y la mejor de todas las mujeres.

FIN

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTEVIDEO, MENDOZA